

El Presbítero Johan de Sosa

Natural de Sevilla, e hijo de un tahonero de la calle de los Limones de esa ciudad. Apenas convertido en presbítero deja su ciudad por el Nuevo Mundo, que atraía por sus fantásticas riquezas a segundones sin caudal, soldados de los viejos tercios y gentes de hábito y cogulla, dadas también a la aventura.

Plantó su tienda en Panamá, centro activo de aventureros, y se hallaba allí en 1528 sin un maravedí, condición en la que le conoció D. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cronista de Indias, cuando D. Diego de Almagro reunía gente, dinero, armas, municiones y vituallas para la conquista del Perú. Enrolóse entre los primeros, partiendo con Pizarro y sus hermanos como vicario general del ejército.

La expedición desembarcó cien leguas antes de Tímbez y caminando hacia adentro llega a Coaqui, donde tropieza con indios de paz; iba a Tímbez, mas las verrugas, con sus graves males, detuviéronla. Por este tiempo llegaba D. Sebastián de Benalcázar, de Nicaragua, en una fragata con otros capitanes, en ayuda de Pizarro. En tal barco mandó éste dinero a Almagro, para que le enviara más gente, reembarcándose con ejército y aprestos.

A los pocos días dan los expedicionarios vista a la Puná, donde, con pequeño esfuerzo desembarcan, hallando gran botín de oro, plata y vituallas, que alentó fuertemente a los soldados y capitanes.

Sigue hacia Tumbes, con un refuerzo de indios, donde descansa, tomando noticias y con acuerdo general se embarca en los tres navíos, llegando a Paita. Desde este puerto devuelve los barcos a Panamá con enorme cargamento de oro y piedras preciosas, bastante para entusiasmar a los muchos hombres que se hallaban allí en espera de contrata.

Intérnase Pizarro por los arenales, pasando por Máncora, Cabo-Blanco, Pariña y Motape, de la provincia de Tanagerá, en medio de fatigas sin cuento, y tras caminar en tan «despiadada tierra» catorce leguas acampan en un ameno y delicioso valle, lleno de vegetación: Piura.

Aquí encontraron indios de paz, fundando el primer pueblo el 29 de Septiembre de 1531—que se llamó San Miguel—tanto por la situación, cerca de la costa, como por las ventajas del clima hospitario y agradable. Incontinenti, nombró por teniente gobernador a D. Sebastián Benalcázar y por cura vicario al presbítero Johan de Sosa, a quien convenció el P. Fr. Vicente Valverde para que aceptara el cargo. Fué, pues, Sosa, el primer cura que hubo en el Perú.

En la naciente ciudad quedaron los enfermos e imposibilitados para seguir la marcha, los PP. Orenes y Martí y muchos más. Sosa siguió con las tropas hasta Cajamarca—Julio de 1532—encontrándose en todas las acciones y hechos de Pizarro y en la del 17 de Julio, en que se apoderó de cuanto había en los palacios y residencias imperiales.

Tan luego como llegó el Conquistador a la ciudad de Cajamarca nombró a Sosa por cura vicario de ella.

Por el testimonio del Acta de Repartición del rescate de Atahualpa—17 de Junio de 1533—otorgado por el escribano Pedro Sancho, consta que le tocaron trescientos diez marcos de plata, con seis décimos, y siete mil setecientos setenta pesos de oro. Con lo anteriormente acopiado, redondeó su capital así: novecientos cincuenta marcos de plata y ocho mil pesos de oro. (*Col. Urteaga—Romero.*)

Inmediatamente se embarcó de regreso hacia su tierra, Sevilla, posiblemente para evitar los grandes riesgos de pérdida entre aquella tumultuosa gente, llegando el 5 de Diciembre de 1533. (Id. *Rel. de Jerez*).

Con estos dineros entró nuestro cura en su ciudad, «muy rico» según sus contemporáneos y siendo la admiración de las gentes, partiendo breve tiempo después a la Corte en busca de porvenir. Pudiera mejor descansar en Sevilla—dice Oviedo—en su hábito e patria e tener más reposada vida que la que volvió a buscar.....(Oviedo, *Hist. gen. Lib. XXVIII*).

En ese año Carlos V había concedido la entrada, con quista y población del Río de Belén, en la Provincia de Veragua a D. Felipe Gutiérrez. Este «negocio» entusiasmó mucho a Sosa, desde que conoció el intento de la virreina Gobernadora D^a María de Toledo, y llegó a pretenderlo; mas, como no era posible se le diera, por su carácter eclesiástico, ofreció ayuda y apoyo económico al que resultó agraciado, quien la aceptó, capitulando con su Majestad en 10 de Noviembre de 1534. (Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI. Doc. del Arch. de Ind.* París, Madrid 1883).

Sosa abrió inmediatamente la bolsa poniendo en manos de su socio su ingente capital para los grandes gastos que debían hacerse, desde la pesada tramitación, hasta la compra de navíos, enganche de gente, bastimentos, armas, etc.

Dirigió él mismo las operaciones—entusiasmado por los recuerdos del Perú y lo que había oído en Tierra Firme sobre las minas de oro de Veragua—y así pudo embarcarse la armada con más de cuatrocientos hombres en Julio de 1535, en San Lúcar de Barrameda.

De este puerto pasó a la Española, con buen viaje, para proveerse de caballos y más aprestos, saliendo en Septiembre con dos naos y un galeón: una, mandada por Gutiérrez, otra «muy hermosa e grande» por él, y el último por el piloto vizcaíno Liaño. 1536.

De la Española tomaron al Continente pasando adelante de Veragua, sin conocer su costa, y llegaron a Punta Caxines, que está en la otra parte del cabo Gracias a Dios. Reconociendo su error regresaron setenta u ochenta leguas con grandes trabajos y perdiéndose unos de otros, arribando a la Isla del Escudo la nao de Gutiérrez. Poco después llegó el galeón y por último la nao de Sosa, que no llevaba batel porque había echado en él algunos hombres para que pasasen a la costa.

A los ocho días regresó a la vela el batel conduciendo hamacas, ollas y artefactos indígenas. Por ellos conocieron que estaban en Veragua.

Otros fueron a las Islas de Cerebaro, cercanas a Veragua, porque el piloto insistía en que debían buscar Veragua; volviendo a la mar, acordó al gobernador con algunos capitanes fuesen hombres con Sosa y dos pilotos donde el barco había llegado. Saltaron en una isleta sin reconocer tampoco la tierra. Recogieron dando crédito al piloto y alzando vela subieron tanto al Oriente que dejaron atrás Nombre de Dios, identificando las islas de Secatiba. Entonces confesó el testarudo vizcaíno que Veragua quedaba atrás, «abajo el Occidente», dando la vuelta con enorme trabajo.

Al fin llegaron a la costa de Veragua, desembarcando.

Juan de Sosa, cuando vió que tal operación se hacía no quizo bajar, marchando a Nombre de Dios en busca de intérprete. Demoró veinte y dos días, regresando al cabo sin él, determinando seguir a sus compañeros. Descargóse su nao en la playuela de la isla citada, con tan mala fortuna que cargaron las aguas y llovió cuarenta días seguidos, con sus noches, y creciendo tanto el río que se llevó la mayor parte de sus bastimentos, salvándose apenas algunas cosas.

Esta gran pérdida produjo bien pronto terribles efectos: presentóse el hambre. Como quiera que el gobernador no había sufrido en los suyos, hacia él fueron todos, siendo despedidos malamente y ultrajados de palabra.

El descontento cunde entre los hombres por la conducta del gobernador acudiendo entonces a Sosa, quien les dió algo de lo poco que quedaba. Fundóse, entonces, el primer pueblo: de la Concepción.

Hácese, luego, la primera entrada a la tierra sin éxito alguno. Dispónese la segunda, y Juan de Sosa quiere ir como general. El gobernador le reprende diciéndole que en las armas no se admitían a los sacerdotes, ni parecía conveniente, a lo que contestóle el clérigo muy mal, yéndose ambos «a malas e feas palabras». Apaciguáronse los exaltados ánimos y consintió fuese Sosa, mas no como jefe.

A los pocos días tomaban preso a un cacique a quien interroga Sosa y pídefe «oro y más oro». Astutamente se hace éste conducir tierra adentro, con el pretexto de darles cestas llenas del codiciado metal, dando tiempo a que sus hueses se armaran, las que caen sobre los españoles deshaciéndolos.

Hiciéronse otras entradas con iguales resultados, merodearon por un lado y otro y la tierra feraz, áspera y de guerra se les oponía fieramente.

Todos los comestibles se habían terminado, entonces Sosa mata un caballo suyo dándolo a la famélica gente, sin cobrarles nada, como lo hacía el gobernador. Y cuentan los cronistas que llegóse a la dura necesidad de comer carne humana «de indio e christiano», pasando todos por los horrores del hambre. (Oviedo, *loc. cit.* Herrera, *Décadas*, V. *Lib. IX.*)

Sin embargo, Gutiérrez tenía todavía harina; fueron a pedirle y él quiso venderla cual si se tratase de polvo de oro. El desbande de la gente se inicia, mientras otros que se internaron nuevamente tropezaban en tan lastimoso estado con las famosas minas.

Perdido todo, sin remedio, determinóse que Sosa y otros capitanes con soldados, más indios y negros auxiliares, salieran buscando el camino a Nombre de Dios o Chagres, para

ra proporcionarse bastimentos. Más de treinta días caminaron en tierra inclemente, sin hallar más que yerba. Al fin, tropezaron con un río, haciendo una balsa para pasarlo, encontrando a muchos hombres muertos y llegando al río de Quebore donde encontraron otros, desnudos, cual los indios.

El gobernador, que por la costa bajaba, recogió a algunos, mandando que otro barco los pasase el río. Los que lograron encontrar comestibles no quisieron ir a la ribera; fue uno a llamarlos en nombre de Sosa y como tardaran largaron velas y fuéronse. Acción inhumana de que Sosa resulta culpable porque no dió lugar a que el barco tornara a los gritos de aquella gente.

En Julio de 1536 terminaba esta gran aventura con la huída de los jefes a Nombre de Dios. (Perakta, *loc. cit.*)

De este puerto parte Juan de Sosa al Perú a buscar más dinero «con protestación de que si los hallase serían mejor guardados que de los que de allá avía traydo.» (Oviedo, *loc. cit.*)

La conducta de Sosa en esta jornada no fué del todo reprochable y así lo asegura Oviedo que conoció y trató a muchos de los que en ella fueron, agregando: «que dió la vida a muchos, socorriéndolos, dándoles lo que tenía y por ser obligado a ello: lo uno por su hábito y lo otro, porque sus palabras fueron causa de que fueran muchos a Veragua». Oviedo: *Hist. Gen. Madrid, 1852. II. Lib. XXVIII. Cap. V-VIII.*)

De 1538 a 1542, sin duda, ejerció su ministerio en algún productivo curato de la sierra porque su nombre no aparece en los sucesos de esa época.

En 20 de Junio de 1542 le encontramos en Lima, acompañando al Arzobispo Fr. Jerónimo de Loayza desde esta ciudad a Guamanga, en unión de Fr. Isidro de San Vicente, D. Juan de Sandoval, Luís de Céspedes, Pedro Ordóñez de Peñalosa y otro clérigo Alonso Márquez, en tiempo ya de la rebelión de Gonzalo Pizarro. (Cieza de León: *Guerra de Quito. Madrid, 1877.*)

Luego, y no obstante su empleo cerca del Arzobispo, le vemos tomar parte activa a favor del rebelde, despachando cartas a Gonzalo «en las cuales afirman que le persuadía mostrase ánimo en lo comenzado, y que el virrey estaba mal quisto; y otras cosas no conformes a su profesión. Y también escribió Sosa que no admitiese entrar al Obispo entre ellos, porque les iba a engañar y que él se daría toda priesa para les avisar de las cosas que les convenía». (Id. *loc. cit.*)

Anduvo Sosa con el Obispo «hasta que llegó a la puente de Abancay, a donde estaba el artillería y por guarda della Francisco de Almendras, desde donde partió hasta que llegó Pizarro, y fué dél y de sus capitanes recibido muy bien; diciéndole Pizarro, que se había oído mucho de verlo y agra deciéndole los avisos que le había dado de sus cartas, sin lo cual le rogaba de nuevo le avisase de las cosas que pasaban en Los Reyes, y de la intención que tenía Blasco Núñez en lo tocante a las ordenanzas. A lo cual respondió el clérigo Sosa, según dicen, que pues él y aquellos capitanes eran todos caballeros, debían procurar con ánimos prontos y valerosos por su libertad, teniendo atención cuánta honra perdían si las ordenanzas se cumplían enteramente, mirando también cuánto ganarían, si por ellos se revocaban. Y así, prosiguiendo su práctica Sosa, dijo más, que para ánimos fuertes como eran los suyos, no eran menester muchas razones; por tanto, que allegasen la más gente que pudiesen, recogiendo las armas que hoviese, sin dejar para los gastos dello un solo peso de oro en la tierra, y que supiesen que el visorrey no tenía cabales trecientos hombres, y pocos dellos le eran amigos. Esto dijo el clérigo, que no poco daño hizo, porque muchos de los que iban con Pizarro, como ya había días que su locura y su furor era pasado, pesábales de le haber recibido por su procurador. Y así, cuentan algunos dellos, se decían unos a otros:—¿Dónde vamos? ¿Qué queremos? ¿Hémonos, por ventura, de tomar con el Rey a fuerza de brazos? Y otras cosas a esto conformes». (Id. *loc. cit.*)

Siguió Juan de Sosa, ya abiertamente, el partido del rebelde sirviéndole en comunicaciones secretas y tratos varios.

Hizo repetidos viajes, valiéndose de su hábito y pasando por entre las líneas de los leales sembrando el descontento y animaversión contra el Virrey.

Cuando Gonzalo Pizarro fué deshecho se encontraba en el Cuzco. Inmediatamente después de la batalla ajusticióse al rebelde y principales secuaces, continuando en seguida con todos los demás, como con los complicados.

El 29 de Junio de 1548, en la gran ciudad del Cuzco, se pronunció—acabada la Misa Mayor—la sentencia dada por el Obispo del Cuzco Fr. Juan Solano contra Johan de Sosa, por haber sido cómplice en el alzamiento de Gonzalo Pizarro. «Se le imponen—dice en la parte resolutive—dos años de privación de celebrar, destierro perpetuo de aquellas provincias y en penitencia pública durante el tiempo de una Misa Mayor». (*Doc. Ined. p. la Hist. de Esp. XLIX.*)

El Provincial de los dominicos fué el encargado de penitenciarle, «con una soga gruesa al cuello y un cirio encendido en la mano», y cumplida que fué esta primera parte de la sentencia se le condujo a Lima para ser trasladado a España, como se hizo, en 11 de Diciembre del mismo año. (Fernández, Diego. *Hist. del Perú*. II. Madrid 1914. Levi-llier, *Pap. Gob. del Perú*. I. p: 144. Calvete de la Estrella, *Rebelión de Pizarro en el Perú*. II. Mad. 1889).

Así terminó este levantisco clérigo su carrera de aventuras por el Nuevo Mundo pasando sus últimos días oscuramente, en algún villorio de Andalucía, o en algún pueblecito castellano, después de haber actuado veinte años en los más importantes sucesos de la conquista del Perú.

Salvador Romero Sotomayor.
